

## Prólogo a la nueva edición

Este libro nació, como tantas cosas, por casualidad. Eso sí, como tantas veces se ha dicho respecto al factor suerte en referencia a los escritores con éxito en ventas, la suerte existe... ¡pero te tiene que pillar escribiendo!

Pues algo así ocurrió. Hace unos años, cuando apenas yo escribía algunos artículos en la prensa especializada, coincidí en el pequeño aeropuerto que da servicio a San Sebastián, una preciosa ciudad del norte de España, con Juan Carlos Cubeiro, prestigioso experto en management, y uno de los más reconocidos conferenciantes y escritores del campo empresarial en España. Por entonces no nos conocíamos personalmente, tan sólo le había visto en alguna de sus múltiples e interesantes comparencias. Al verlo en la cola para acceder al avión estuve tentado de acercarme y saludarle, pero justo en ese instante comenzó el embarque y dejé pasar la ocasión. Pero azares del destino dispusieron que eso no acabara ahí. Grande fue mi sorpresa, cuando ya estaba sentado en mi butaca, ver que quien venía a ocupar el asiento contiguo era ¡Juan Carlos!

Evidentemente ya no cabían excusas. En cuanto se sentó aproveché para presentarme y así poder darle alguna palabra amable respecto a sus artículos, libros y ponencias. Pero en cuanto dije el correspondiente: «Buenos días, ¿eres Juan Car-

los Cubeiro, verdad? Soy Paco Muro...» no me dejó continuar y me soltó entusiasmado: «¡Hombre, tenía ganas de conocerte, te leo mucho y me gusta mucho lo que escribes!» Eso me dejó un tanto bloqueado y pensé: «Un momento, ¿cómo que él me lee mucho a mí?, si era yo el que le tenía que decir eso». Comenzamos una agradable conversación y finalmente me animó a que transformara mis artículos en un libro.

Ese empujón fue el que necesitaba para decidirme a hacer una realidad que me rondaba por la cabeza aunque reconozco que no tenía mucha fe en que mis escritos interesaran a nadie. Pero ante tamaño espaldarazo ya no había dudas, y así nació la idea de crear esta obra que sin ese encuentro nunca sabremos si hubiera visto la luz. La idea era juntar una serie de reflexiones para confeccionar un libro ágil y sencillo para regalar a clientes y amigos. Y digo regalar porque tenía la idea clara: «¿Quién iba a comprar una obra mía, si es sólo una serie de historias sencillas?»

Cuál fue mi sorpresa cuando esa sencillez se convirtió precisamente en el factor de éxito de este libro, e incluso de que el siguiente «*Ir o no ir*» (también publicado por Empresa Activa) se convirtiera igualmente en un superventas. Lo de ver este libro traducido a varios idiomas, entre ellos ¡el chino complejo!, ya es de ciencia ficción. Aproximadamente 250.000 ejemplares vendidos por todo el mundo en ocho idiomas diferentes, o haber figurado en el TOP 5 en las listas de libros de no-ficción más vendidos en lugares tan distantes como Colombia o Japón ya ha sido algo inimaginable, que me llena de satisfacción.

Cada *e-mail* recibido desde algún rincón del mundo con un comentario, o agradeciéndome las ideas del libro me han

## *Prólogo a la nueva edición*

emocionado. No creo ser merecedor de tanto respeto y admiración, y me alegro muchísimo de haber aportado un granito de arena de inspiración a tanta gente. Personas que me han escrito diciéndome que tras leer el libro han cambiado cosas, han pasado a la acción o han visualizado pensamientos que le han ayudado me conmueven además de generar en mí un sentido de responsabilidad sobre lo que digo y hago.

Da la circunstancia de que hoy estoy justo en ese mismo aeropuerto escribiendo este prólogo mientras espero el primer avión de la tarde. Será de nuevo el destino, que habrá querido cerrar el círculo. Quiero aprovechar para dar las gracias a los editores de Pearson que apostaron por este proyecto, a Empresa Activa por atreverse a lanzar esta nueva edición, a Maru, mi agente literario y mi socia en estos éxitos, a Sergio, mi coach literario por su permanente ayuda y apoyo, a todos los agentes, distribuidores, tiendas, kioscos y empresas de venta online, que hacen posible que los libros lleguen a nuestras manos. A Juan Carlos Cubeiro por aquel inocente empujón que tanto juego me ha dado. A mi familia por querer seguir compartiendo conmigo el caminar por la vida y dar sentido a cada paso, y a los lectores, por considerarme digno de que dediquen su tiempo a leer mis obras, e incluso a repararlas entre sus equipos como tantas veces ha ocurrido para ayudar a lanzar algún mensaje estratégico que necesitaban remarcar. Es un honor que nunca podré agradecer lo suficiente.

Espero que pase un buen rato leyendo este libro, y le haga pensar.

PACO MURO



# 1

## El pez que no quiso evolucionar

Había una extraña agitación en la zona de las grandes marismas. Todos los animales acuáticos tenían una asamblea convocada por la tortuga. Aunque el nivel de las aguas era sobrado, había descendido en los últimos años y eso inquietó al viejo reptil. Por ello mandó llamar a la comunidad de animales de la vecindad para trasladarles sus conclusiones:

—«Amigos, imagino que os habréis fijado en que cada vez hay menos agua. Sé que aún no parece nada serio, pero he visto este mismo proceso con anterioridad en otras zonas de la Tierra, y os vaticino que se aproximan siglos de dura sequía.»

Ante estas palabras se organizó un gran revuelo. Todos habían percibido un suave y continuado descenso del caudal de las marismas, pero nadie creía que pudiera ser tan grave. «¿Por qué nos habrá citado si hay agua de sobra?», se preguntaban unos a otros.

El centenario galápago dio respuesta a la inquietud despertada:

—«Os he convocado porque afortunadamente todavía nos queda mucho tiempo, y podremos superar esto sin problemas si empezamos a actuar desde hoy. Para que sobrevivan nuestras especies tenemos que EVOLUCIONAR.»

Todos se quedaron estupefactos. Nunca se habían planteado tal cosa y tras el impacto inicial, comenzaron a preguntar cómo hacerlo.

—«Cada día, estaremos unos minutos fuera del agua. El que no pueda, que empiece por unos segundos y poco a poco que vaya aumentando el tiempo. Debemos hacerlo una y otra vez, y enseñarlo a las generaciones venideras, para que cada especie evolucione con tiempo suficiente, y así lograr que todos podamos mantenernos en un entorno sin marismas. Debemos también cambiar nuestros hábitos de alimentación, y para eso empezaremos comiendo algo que no esté en el agua, hasta que acostumbremos a nuestro cuerpo a digerir plantas del exterior.»

No sin ciertos temores, todos empezaron con el largo y concienzudo plan de acción. En unas decenas de generaciones lograrían respirar fuera del agua, alimentarse con comida que crece en la tierra y hasta podrían moverse fuera del ámbito acuoso. Todos menos el Barbillo, uno de los peces históricos de las marismas, que se negó a participar en este proceso. Convencido de la exageración de la tortuga no hizo caso, y pronto comenzó a disfrutar de la torpeza de sus vecinos que trataban de ganar capacidad para cobrar más comida. Las otras especies, a medida que evolucionaban, eran menos competitivas dentro del agua. El Barbillo veía descender las aguas, pero se mantenía en la idea de que algunas lluvias arreglarían a tiempo el problema.

Al cabo del tiempo, tan sólo unas pocas charcas con apenas un dedo de profundidad hacían recordar que en esos parajes hubo alguna vez unas marismas. El Barbillo agonizaba, y ese verano, el más duro que se recordaba, acabaría

con seguridad con el agua que quedaba. Delgado y sin poder moverse lloraba su desgracia. Justo entonces pasó la tortuga a su lado y le dijo:

—«Tuviste la misma oportunidad que los demás. En este mundo de cambios constantes, evolucionar no es una opción, es una obligación para sobrevivir.»

Nada es nunca como siempre.  
En este mundo de cambios constantes  
evolucionar no es una opción, es una  
obligación para sobrevivir.

El Barbillo, aún sin comprender gritaba:

—«¡Qué mala suerte he tenido! Todo se ha puesto en contra mía y para colmo este verano terrible. ¡Qué fatalidad! Tú lo dices porque eres una tortuga y puedes desenvolverte por donde quieras, pero no tienes ni idea de lo que es esto.»

La anciana tortuga sonrió y antes de abandonar al Barbillo le comentó:

—«Mi infeliz amigo, hace mucho, mucho tiempo, yo era un pez estúpido como tú, y también me llegó la oportunidad de evolucionar. Aunque me presté a ello, no lo tomé en serio, y es por eso que soy así de torpe sobre tierra. Me temo que jamás llegaré a volar y apenas me desenvuelvo con soltura bajo el agua. Durante años eché la culpa a la mala suerte, y ahora ya he aprendido que soy yo el único

responsable, pues cuando la realidad me mandaba sus señales me empeñé en no hacer caso, en no cambiar nada en mí y casi me quedo fuera de este nuevo mundo. Me marché, he decidido que debo ser más rápida, así que he de correr un poco más cada día, y así podré evolucionar a algo superior, pues parece que vendrán tiempos de escasez y quiero seguir siendo competitiva para entonces.»

Durante años eché la culpa a la mala suerte, a los demás, al mundo, y ahora ya he aprendido que soy yo el único responsable.

El Barbillo murió en el barro, en el barrizal de los inmovilistas, de los que no quieren cambiar, en el lodo de los mediocres que embriagados por la abundancia de hoy no saben ver la necesidad de cambio, de evolución, para seguir existiendo mañana.

Igual que el pez, hay muchos trabajadores (jefes y empleados) que aun viendo las nuevas exigencias y tendencias que habrá que afrontar en el futuro inmediato, no asumen la evolución como necesidad profesional inminente. Son los que esperan pasivamente a que una lluvia milagrosa acabe al final por volver a poner las cosas como antes, sin entender que en el entorno competitivo actual nada es nunca como siempre, pues las empresas están en continuo progreso y los que no sean capaces de evolucionar con ellas, por

*El pez que no quiso evolucionar*

fuertes o competentes que sean hoy, pasarán a engrosar la lista de los extinguidos por quedar desfasados de su mundo.

Muchos en la bonanza de hoy,  
no saben ver la necesidad de cambio,  
de evolución, para seguir existiendo  
mañana.